

sean el alemán les recomendamos las siguientes obras: H. MORE, *Zur Biographie Pestalozzi's*; L. W. SEYFFARTH, *Johann Heinrich Pestalozzi. Nach seinem Leben und seinen Schriften*; H. BLOCHMANN, *J. H. Pestalozzi, Züge aus dem Bilde seines Lebens und Wirkens* etc. A aquellos de nuestros lectores que conozcan el francés, que serán sin duda la mayor parte, les recomendamos alguna de las biografías que á continuación se expresan: ROGER DE GUIMPS, *Histoire de Pestalozzi, de sa pensée et de son œuvre*; P. POMPÉE, *Eudes sur la vie et les travaux pédagogiques de J. H. Pestalozzi*; GUILLAUME *Biographie de H. Pestalozzi*; y por último, á los que prefieran el inglés les indicaremos todavía la obra que lleva por título: *Pestalozzi, his life, work and influence by HERMANN KRÜSI, A. M., son of Pestalozzi's first associate, instructor in philosophy of education at the Oswego Normal and Training School. New-York.*

DRESDEN, 1888.

EL TRADUCTOR:

---



---

CARTA I.

BURGDORF, día de año nuevo de 1801.

Mi querido GÉSSNER (1):

¿Cú me dices que es ya tiempo de que dé á la publicidad mis ideas sobre la educación del pueblo.

Voy, pues, á hacerlo, y á explicarte del mejor modo que me sea posible, en una serie de cartas, como en otra época LAVÁTER (2) á ZIMMERMANN en sus "*Vistas de la Eternidad*," mis miras ó mejor dicho mis opiniones sobre el particular.

La educación del pueblo se presentaba á mi vista como un inmenso pantano; yo lo he recorrido en todas direcciones, sumergiéndome resueltamente en el lodo, hasta que por fin reconocí los manantiales de sus aguas, las causas de sus obstrucciones, y los puntos de vista desde los cuales se dejaba sentir la posibilidad de abrir canales para desaguar su húmeda putrefacción.



Voy ahora á conducirte un momento á ese laberinto cuya salida he encontrado por fin, gracias más bien á la casualidad que á mi inteligencia y á mi arte.

Tiempo ha ¡ay! desde mi adolescencia, mi corazón, como un río impetuoso, se dirigía solamente hacia un fin único, á cegar las fuentes de la miseria en que yo veía á mi alrededor sumergido al pueblo.

Hace ya más de treinta años que puse manos á la obra de que ahora me ocupo. Las *Efemérides* de ISELIN (3) atestiguan que yo no pretendo actualmente que el sueño de mis aspiraciones abrace hoy más que antes cuando trataba ya de realizarlo.

Vivía todo el año en compañía de más de cincuenta niños, hijos de pordioseros; en la pobreza compartía mi pan con ellos, y vivía yo mismo como un mendigo para enseñar á mendigos á vivir como hombres (4).

Mi ideal de la educación de esos niños comprendía la agricultura, la industria y el comercio. Yo poseía en esos tres ramos un elevado y seguro tacto para el todo y lo esencial de ese plan, y aun hoy mismo no veo ningún error en los fundamentos de él. Mas, por el contrario, también es muy cierto que me faltaban igualmente en los tres ramos la destreza y habilidad prácticas para los pormenores y un carácter que se ajustase firmemente á las minuciosidades; tampoco era bastante rico y estaba desamparado en demasía para tener bajo mis órdenes un personal capaz de suplir lo que á mí me faltaba. Mi plan fracasó.

Mas yo había aprendido en los inmensos esfuer-

zos hechos en la prueba inmensas verdades, y mi convicción sobre la exactitud de mi plan no fué nunca más grande que cuando él naufragaba; también mi corazón, siempre inalterable, aspiraba aún hacia el mismo fin, y entonces, en la desgracia misma, aprendía yo á conocer más á fondo, y como ningún hombre feliz las ha conocido, la miseria del pueblo y sus causas. Yo sufría lo que el pueblo sufría, y él se me mostraba como era, como á nadie se ha mostrado. Yo he vivido con él una larga serie de años, como el buho en medio de las aves. Pero á pesar de las risas burlescas de los hombres que me arrojaban de su sociedad; en medio de los sarcasmos de los que me gritaban: ¡Desgraciado, tú menos que el último jornalero estás en estado de ayudarte á tí mismo, y te imaginas que puedes ayudar al pueblo!—á despecho de ese apóstrofe figón que leía en todos los labios, no cesaba el impulso poderoso de mi corazón que aspiraba á un solo y único fin: cegar las fuentes de la miseria en que veía en torno mío sumergido al pueblo: y, por otra parte, mi energía se fortificaba más y más. Mi desgracia me enseñaba de día en día gran número de verdades útiles á mis designios. Lo que á nadie engañaba, me engañaba aún á mí; pero lo que engañaba á todos, ya no me engañaba más á mí.

Yo conocía al pueblo como nadie á mi alrededor lo conocía. La alegría producida por las ganancias del algodón, su riqueza siempre creciente, sus casas blanqueadas de nuevo, sus magníficas cosechas, aun la enseñanza socrática ejercida por algunos de sus maestros y los círculos de lectura dirigidos por hi-



jos de subalcaldes de aldea y por barberos,—todo esto no me ilusionaba. Yo veía su miseria; pero me extraviaba en el vasto cuadro de tantas causas aisladas y diseminadas que la producían, y no adelantaba en los medios prácticos de aliviar sus males en el grado que correspondía á la extensión de mis conocimientos sobre la verdadera situación del pueblo; y aun el libro mismo que expresaba con ingenuidad mi sentimiento sobre esa situación, *Leonardo y Gertrudis*, era una obra de mi impotencia y estaba entre mis contemporáneos como un monumento de piedra que habla de la vida y que está muerto. Muchas personas le concedieron una mirada, pero no me comprendieron á mí ni el fin que yo perseguía, del mismo modo que yo mismo no comprendía los detalles de los medios necesarios para su ejecución.

Yo mismo habíame abandonado y me dejaba llevar como un torbellino por un deseo irresistible de actividad exterior, cuyos fundamentos internos no había yo aún profundizado lo bastante en mí mismo (5).

Si yo hubiese comenzado por lo último, á qué altura intelectual útil á mi objeto habría podido elevarme en mis concepciones, y con cuánta rapidez habría alcanzado mi fin, fin que yo no alcanzaba porque no era digno de ello, pues que no buscaba más que su realización exterior y puesto que he dejado transformarse mi amor á la verdad y á la justicia en una pasión que me arrastraba en la corriente de la vida como una caña desprendida que sirve de juguete á las olas y que estorbaba día por día que ganase la tierra firme, que sus lavadas raíces se arraigasen

de nuevo y que encontrasen allí el alimento indispensable para su existencia.—Era una esperanza muy vana esperar que otro que yo arrebatase á las olas esa caña llevada á la ventura, y que la plantase en la ribera en donde yo mismo no procuraba plantarla.

Caro amigo, quien tiene en sus venas una sola gota de la sangre que circula en las mías ¡él ve ahora el abismo en que yo debía hundirme! Y tú, mi querido Géssner, antes de que leas más adelante, dedica una lágrima á mi destino.

Yo era presa entonces de un malestar profundo. Lo que es verdad y justicia eterna mi pasión lo transformaba en quimeras. Yo me asía ciegamente á palabras vanas que no correspondían á ninguna de mis convicciones; caía más y más en el culto de las frases vanales y de las recetas de los charlatanes, anunciadas á golpe de caja, con las cuales la nueva generación quería aliviar á la especie humana.

Sin embargo, no era que yo no me diese cuenta de mi naufragio intelectual, ni de que no tratase de impedirlo. Escribí en tres años con un trabajo increíble mis *Investigaciones sobre la marcha de la naturaleza en el desarrollo de la especie humana*. Al escribir esa obra tenía sobre todo por objeto el dar-me cuenta exacta del encadenamiento de mis ideas favoritas y de poner mis sentimientos naturales en armonía con las opiniones que me había formado sobre el derecho civil y sobre la moral. Mas ese libro no es sino un nuevo testimonio de mi impotencia intelectual; él es un simple juego de mi facultad de investigación, una obra demasiado exclusiva, relativamente débil, en que no se conoce lo bastante el



esfuerzo hacia esa energía práctica que era tan necesaria á mi empresa. La desproporción entre mis fuerzas y mis conocimientos no hacía más que aumentar, y ensanchaba en mí el vacío que debía llenar para alcanzar mis fines, vacío que cada vez menos podía llenar.

Tampoco no coseché más de lo que había sembrado. Mi libro produjo en torno mío el mismo efecto que habían producido mis actos: casi nadie me comprendió, y yo no encontré entre los que me rodeaban dos hombres que no me diesen á entender entre palabras que lo consideraban como un galimatías. Y aun poco ha, aun hoy mismo, un personaje notable, que por otra parte me profesa cariño, se expresaba con la familiaridad suiza así sobre el asunto: “¿No es cierto, Pestalozzi, que Ud. mismo reconoce hoy que no sabía bien lo que Ud. quería cuando escribió ese libro?”—Esa era, pues, mi suerte; ser desconocido y ser víctima de la injusticia. Yo debí haber aprovechado las lecciones de la experiencia, mas no las aproveché; yo no opuse á mi desgracia más que mi desdén y mi desprecio de los hombres; con todo eso, yo no me aparté ni un sólo instante de mis fines; por el contrario, ellos se habían encarnado en mí y vivían en una imaginación perturbada y en un corazón desazonado; me obstinaba en querer cultivar en un suelo profano la sagrada planta de la felicidad de los hombres.

Géssner, yo que acababa de explicar en mis *Investigaciones* las prescripciones de todo derecho civil por las exigencias mismas de mi organización animal; yo que acababa de declarar que á mi ver no

había ataque contra la moral sino cuando había ataque esencial á lo único que tiene un valor para la naturaleza humana;—en un momento en que las violencias en el exterior y las pasiones en el interior se hacían amenazantes, cuando todos mis contemporáneos, salvo algunas excepciones, no respiraban más que sentimientos vanidosos, aspiraban al poder y andaban husmeando las mesas bien provistas ¡yo había llegado hasta á humillarme á esperar que una sola palabra de verdad popular, que simples nociones de derecho fuesen á ejercer en ellos una influencia saludable!

A pesar de mis nevados cabellos era todavía un niño; pero un niño cuyo espíritu estaba profundamente perturbado. Aun en medio de la tormenta de esa época marchaba siempre al encuentro del objeto de mi vida, pero de un modo más exclusivo y más extraviado que nunca. Buscaba un camino para mi objeto, exponiendo de una manera general las antiguas causas de la desgracia del pueblo, presentando interpretaciones apasionadas del derecho civil y de sus fundamentos y aprovechando el espíritu de revuelta que se manifestaba contra ciertos males populares. Mas las verdades más importantes proclamadas en épocas anteriores de mi vida no habían sido para mis compatriotas sino palabras al aire ¡cuánto más debían parecerles ahora una locura mis opiniones actuales sobre la materia! Ellos los sumergieron como siempre esas verdades en su lodo y permanecieron siendo lo que eran, y se portaron conmigo como debía haberlo previsto y no lo previne, porque me cernía en los aires llevado en alas de la ilusión de mis deseos y porque la falta de egoísmo no me



abría los ojos para conocer á los hombres que me rodeaban. Yo me engañaba no sólo en cada astuto sino también en cada loco, y me confiaba de cualquiera que se me presentase y me dijese una palabra de aliento ó que me manifestase una opinión favorable. No obstante, yo conocía tal vez mejor que nadie al pueblo y las causas de su embrutecimiento y de su degradación; mas no deseaba nada, absolutamente nada más que la supresión de esas causas y el fin de las miserias del pueblo; y los hombres nuevos (*novi homines*) de la Helvecia, que no aspiraban á tan poco y que no conocían al pueblo, encontraron naturalmente que yo no era el hombre que les convenía. Esos, que en su nueva posición parecían mujeres náufragas que toman cada paja por un mástil capaz de llevar á la República á puerto seguro, esos hombres me consideraban á mí, únicamente á mí, como una paja á la cual ni un gato habría podido agarrarse. A pesar de todo, sin saberlo y sin quererlo, me hicieron bien, me hicieron más bien que ningún hombre me había hecho jamás. Me devolvieron á mí mismo y no me dejaron, en la tranquila sorpresa sobre su cambio de maniobras para reparar el navío en medio del naufragio, más que las palabras que yo había pronunciado en los primeros días de desorden: "*Yo quiero ser maestro de escuela.*" Para ello tuvieron confianza en mí. He llegado á ser maestro de escuela y desde entonces sostengo una lucha que me impulsa contra mi voluntad á llenar los vacíos de mi espíritu y á vencer la impotencia que me ha impedido realizar mis proyectos.

Amigo mío, voy á exponerte sin reserva todo lo que he sido y todo lo que he hecho á partir desde esa época. Gracias á LEGRAND (6), había ganado la confianza del primer directorio para lo concerniente á la educación del pueblo y estaba á punto de inaugurar en el cantón de Argovia un vasto plan de educación, cuando STANZ (7) fué presa de las llamas y LEGRAND me propuso elegir por esa vez ese desgraciado pueblo para lugar de mi residencia.—Yo habría ido hasta las cuevas más apartadas de las montañas para aproximarme á mi objeto, y yendo á Stanz me aproximaba efectivamente á él. Mas figúrate mi situación: yo estaba solo, completamente desprovisto de todos los medios necesarios para una obra de educación; yo solo era al mismo tiempo superintendente, tesorero, sirviente y casi criada, en una casa inconclusa, en medio de la ignorancia, de enfermedades y de toda clase de circunstancias nuevas para mí. El número de los niños asilados se elevó poco á poco á ochenta, todos de diferente edad, algunos llenos de pretensiones, otros habituados á la mendicidad, todos, salvo raras excepciones, completamente ignorantes. ¡Qué tarea el educarlos! desarrollar esos niños ¡que problema que resolver!

Yo me aventuré á resolverlo. De pie, en medio de ellos, les pronunciaba sonidos y se los hacía en seguida repetir: el que eso veía quedaba estupefacto del resultado (8). En verdad, él fué como un meteoro que brilla un instante en la atmósfera y desaparece en seguida. Nadie comprendió su naturaleza. Yo mismo no la conocí. El era la acción de una simple idea psicológica que existía en mi espíritu, pero de la cual no tenía yo una conciencia clara.



Precisamente yo pulsaba el método que buscaba, —fué un atrevimiento enorme—un hombre perspicaz no se habría aventurado ciertamente; mas, por felicidad, estaba ciego, de lo contrario yo mismo no me habría arriesgado á cometerlo. Yo no sabía claramente lo que hacía; pero sabía lo que quería, y ello era: ¡la muerte ó la consecución de mis fines!

Mas los medios que para ello empleaba eran indudablemente resultados de la necesidad, con la cual debía yo abrirme paso á través de los embarazos infinitos de mi situación.

Yo mismo no sé, y apenas puedo comprenderlo, cómo he vencido las dificultades. He jugado, por decirlo así, con la necesidad; he desafiado los obstáculos que ella colocaba delante de mí como montañas; opuse á la apariencia de la imposibilidad material la fuerza de una voluntad que no veía ni apreciaba el porvenir más cercano y más inminente, y que se asía al presente como si sólo el presente hubiese existido y de él dependiese la vida y la muerte.

Yo trabajé en Stanz hasta el día en que la aproximación de los austriacos hirió á mi obra en el corazón (9). Los sentimientos que entonces me agobiaron me redujeron á la debilidad física en que me encontraba cuando abandoné á Stanz. Hasta ese momento no me había formado todavía un juicio exacto de los fundamentos que debían servirme de guía; mas, habiendo intentado lo imposible, encontré lo posible, lo que yo no presentía, y habiendo penetrado en una selva sin salidas en donde durante siglos ningún hombre había penetrado, encontré detrás de la selva huellas de pasos que me condujeron al ca-

mino real que también después de siglos nadie había andado.

Voy ahora á pasar un momento á los pormenores.

Habiéndome visto obligado á instruir solo y sin auxilios á un gran número de niños, aprendí el arte de enseñar á los unos por medio de los otros, y como no tenía otro medio que la pronunciación en alta voz, concebí naturalmente el pensamiento de hacerlos dibujar, escribir y trabajar durante la clase. El desorden que producía la multitud de niños que repetían la lección me hizo sentir la necesidad del ritmo, y el ritmo aumentaba la impresión de la enseñanza. La absoluta ignorancia de todos mis discípulos me hizo retenerlos largo tiempo en los principios, y esto me indujo á descubrir el aumento de fuerza intelectual que se alcanza por el conocimiento perfecto de los primeros elementos y de los resultados que produce el sentimiento de la perfección y de la entereza, aun en los grados más inferiores de la enseñanza. Como nunca todavía adivinaba yo entonces la conexión de los primeros principios en cualquier ramo de conocimientos, en toda su extensión, y sentía los vacíos inconmensurables que debían resultar del estudio desordenado é incompleto en cada serie de conocimientos. Los resultados de esa atención dedicada al estudio perfecto de las nociones elementales sobrepusieron en mucho á mis esperanzas. Se desarrolló rápidamente en los niños la conciencia de fuerzas que ellos no conocían y especialmente un sentimiento general de orden y de belleza. Ellos se reconocieron á sí mismos, y la atmósfera de fatiga que reina habitualmente en la escue-



la se desvaneció de mis clases como una sombra; ellos querían,—podían,—perseveraban— y reían; su disposición de ánimo no era la de niños que aprenden, era la disposición de las fuerzas despiertas del sueño, desconocidas, y un sentimiento que eleva el espíritu y el corazón, á los cuales las fuerzas podían y debían conducirlos (10).

Los niños enseñaban á los niños. Ellos ensayaban lo que yo solamente decía. Aun á esto me condujo la necesidad. No teniendo ningún colaborador, colocaba un niño más capaz entre dos menos capaces; el primero tomaba de la mano á sus dos compañeros, les decía lo que él sabía y ellos aprendían á repetir lo que no sabían (11).

Caro amigo, tú has oído el barullo de ese aprendizaje de todos al mismo tiempo y has visto el ardor y la alegría con que ellos aprendían. Dí tú mismo: ¿qué sentimiento experimentaste cuando viste ese espectáculo? Yo ví tus lágrimas, y la cólera hervía en mi pecho contra el hombre que podía pronunciar aún estas palabras: “¡el mejoramiento del pueblo es sólo un sueño!”

No, ello no es un sueño; es un arte que voy á poner en manos de las madres, en manos de los niños, en las manos de la inocencia, y entonces el miserable callará y no dirá más: ¡es un sueño!

¡Dios mío, cómo darte gracias por mi miseria! Sin ella no pronunciaría yo estas palabras y no reduciría á ese hombre al silencio.

Mi convicción es ahora completa; durante largo tiempo no lo fué; pero yo también tuve en Stanz niños cuyas fuerzas, no paralizadas aún por el can-

sancio de la educación antipsicológica de la familia y de la escuela, se desarrollaron rápidamente. Era otra raza; los pobres mismos eran otros hombres que los pobres de las ciudades y que los hombres endebles, raquíticos, que habitan los lugares donde se cultiva el grano y la vid. Yo ví la fuerza de la naturaleza del hombre y de sus facultades en el juego más variado y más libre. Su corrupción era la corrupción de la naturaleza sana, una diferencia infinita entre la corrupción de la enervación sin esperanzas y el debilitamiento completo (12).

Vi en esa mezcla de ignorancia inculpable una fuerza de intuición y una conciencia segura de lo conocido y de lo visto, de la cual nuestros nenes del abecedario no tenían ningún presentimiento.

Aprendía con ellos,—habría debido ser ciego si no lo hubiese aprendido,—á conocer la relación natural que debe establecerse entre los conocimientos reales (13) y los conocimientos de las palabras. Aprendí con ellos á conocer qué perjuicio tan grande pueden causar á la fuerza efectiva de la intuición y á la conciencia sólida de los objetos que nos rodean el estudio exclusivo de las palabras y la confianza sin límites en las palabras, las que son únicamente sonidos y ruidos.

Hasta este punto había llegado yo en Stanz. Sentía que eran decisivas mis experiencias sobre la posibilidad de establecer la educación del pueblo sobre fundamentos psicológicos, de poner como base de ella conocimientos efectivos adquiridos por la intuición y desenmascarar la inanidad de ese lujo superficial de palabras de la enseñanza actual. Sen-



tía que podía resolver ese problema á la vista de todo hombre de espíritu profundo é imparcial; pero á la multitud llena de preocupaciones que, como los gansos que desde su salida de la cáscara han sido cebados en la cocina y en el establo, ha perdido la facultad de volar y de nadar,—á esa multitud parcial, preocupada, no podía hacer creer todavía lo que yo tan bien sabía.

Estaba reservado á BURG DORF (14) el tomarme en su escuela con ese fin.

Mas considera, tú que me conoces, figúrate con cuánto sentimiento me separé de Stanz. Cuando un náufrago después de noches de fatiga, sin descanso, divisa por fin la tierra, respira y renace á la esperanza de vivir, y en seguida se ve por viento malhadado arrastrar de nuevo al mar inmenso, en su alma temblorosa se dice una y mil veces: ¿por qué no me es dado morir?—y sin embargo, no se precipita en el abismo sino que obliga aún á los fatigados ojos á mirar al rededor de sí, busca de nuevo la ribera y, cuando la ve, apura todas sus fuerzas hasta el aterimiento de los miembros. Ese náufrago era yo.

Géssner, imagínate todo eso; considera mi corazón y mi voluntad, mi obra y mi fracaso,—mi desgracia y el temblor desordenado de mis nervios, y mi abatimiento. En ese estado me encontraba yo, amigo mío.

FISCHER me presentó á ZEHENDER; y yo encontré en GURNIGEL días de reposo y de restablecimiento (15). Tenía necesidad de ambos. Mas no había alcanzado mi ribera; descansaba sobre una roca, en

medio del mar, para volver á nadar de nuevo.—No olvidaré yo esos días, Zehender, mientras viva; ellos me salvaron. Pero no podía vivir sin mi obra, aun en los mismos instantes en que desde la cima del Gurnigel veía el hermoso é inmenso valle que se extendía á mis pies; pues nunca había visto aún una perspectiva tan vasta, y sin embargo, cuando contemplaba ese espectáculo, pensaba más en el pueblo mal instruído que en la belleza de esa vista.

No podía ni quería vivir sin mi objeto.

Mi partida de Stanz, que, á pesar de haber estado á las puertas del sepulcro, no fué el resultado de mi resolución libre, sino la consecuencia de medidas militares y de la imposibilidad absoluta temporaria de proseguir la ejecución de mi plan, renovó la antigua habladuría sobre mi incapacidad y mi impotencia completa para perseverar en una ocupación cualquiera. “Sí, decían mis propios amigos, durante cinco meses le es posible aparentar que puede trabajar, pero en el sexto seguramente no pasa de allí. Se habría debido saberlo de antemano. El no puede hacer ninguna cosa completa y, si pasamos más adelante, nunca ha sido capaz de nada efectivo, sino una vez de escribir una novela; pero también como novelista se ha sobrevivido á sí mismo.” Me decían en mi cara: “Es una locura que, porque un hombre ha escrito algo razonable á los treinta años de edad, se le juzgue capaz de hacer algo razonable á los cincuenta.” Proclamaban en alta voz que lo más que se podía conceder en mi favor es lo siguiente: “yo acariciaba un hermoso sueño y, como todos los locos que tienen siempre